

Tomaban ricos cambiantes  
Y tintas encantadoras:  
Ya de sus lóbregas grutas  
A las escondidas bocas,  
Los reptiles asomaban  
A ver su luz bienhechora,  
Y abajo en el valle oscuro,  
Las avecillas canoras  
Himnos cantaban al alba,  
Despertando bulliciosas;  
Cuando saliendo Guarino  
A la entrada de su choza,  
Y de rodillas poniéndose,  
Al Dios que amanece adora.  
Mas con harto asombro suyo,  
Rompiendo la pura atmósfera,  
A sus oídos llegaron  
Voces de humanas personas.  
Tendió la vista á la falda  
De las empinadas rocas,  
Y de gran tropel de gente  
Las vió rodeadas todas.  
Todos los ojos se tienen  
Hacia él, todas las bocas  
Le llaman, todas las manos  
Suplicantes se le tornan.  
Delante de aquella turba,  
Por una senda tortuosa,  
Conduciendo un cortesano  
A una niña encantadora,  
Subía á espacio acercándose  
A su cabaña, medrosa.  
El alma de Juan Guarino,  
Juzgando farsa ilusoria  
De tentación infernal  
Cuanto ve sobre las rocas,  
Siguió orando de rodillas,  
Como quien sabe que logra  
Vencer la oración, constante,  
Las tentaciones diabólicas.  
Y en el espacio los ojos,  
Que le nublan ardorosas  
Dos lágrimas penitentes,  
En su devoción se arroba,  
Sin que de la gente el ruido  
Que ya de cerca le acosa,  
Su pensamiento distraiga,  
Turbe su oración devota.  
Virtud que solo concede  
De Dios la misericordia,  
A quien en él cree de veras,  
A quien de veras le invoca.  
Ante esta virtud sublime,  
Ante esta fé religiosa,  
Postrados enmudecidas,  
Mundanas pasiones locas.  
¡Callad y desvaneced,  
Necias y mundanas glorias,  
Que el nombre de inspiraciones  
Os apropiáis mentirosas!  
Inspiración del que canta  
Torpes y profanas trovos:  
Inspiración del que pinta

Desnudez escandalosa:  
Inspiración del que á mármoles  
Da provocativas formas,  
¡A esta inspiración postraos,  
Que es más santa que vosotras!  
Dios es el genio: él inflama  
Su inspiración vigorosa,  
En las almas que con ella  
A altas hazañas se arrojan.  
Dios es el genio: y donde él  
No enciende su luz radiosa,  
Ni hay inspiración, ni hay genio,  
No hay más que miseria y sombras.  
Y esta inspiración divina,  
Es la que Guarino goza  
Cuando María y Wifredo  
Ante él humildes se postran.  
Y de este célico arrobamiento,  
Es del que Guarino torna  
Cuando estas palabras oye  
Del conde de Barcelona:

“Hombre santo, en quien habita  
El espíritu sublime  
De Dios, cuyo aliento solo  
Alimenta cuanto existe,  
Mira á tus plantas, y déjante  
Dos seres á quien aflige  
Pena por el cielo impuesta  
En su juicio incomprendible.  
Relámpago repentino  
Cerró las puertas sutiles  
Del ver á los claros ojos  
De esta doncella; y humildes  
A suplicarte venimos  
Que otra vez los ilumines,  
Y del Dios en quien creemos,  
La grandeza patentices.”

JUAN GUARINO.

¡Apartaos, tentadores!  
¡Vagos fantasmas, huidme!  
Dios su poder no demuestra  
Por instrumentos tan viles.  
Dios es grande, sí, muy grande:  
Mas prodigios tan insignes  
No ha de fiar á mis manos,  
Hechas de tierra y de crimen.  
Dejadme, apartad.

WIFREDO.

En vano  
Vuestra humildad se resiste;  
La voz del cielo á estas peñas,  
Milagrosa nos dirige.

GUARINO.

¡Señor, si me da el orgullo  
Esta tentación horrible,  
Si este poder me atribuye  
Satanás por afligirme,  
O dadme fuerza, Señor,  
Y fé para resistirle,

O mostrad vuestro poder,  
Y que el soberbio se humille!

Así exclamó el penitente,  
Y á la doncella la voz  
Dirigiendo, dijo:—“Eleva,  
“Mujer, en nombre de Dios,  
“Al firmamento los ojos,  
“Y alúmbretelos el sol.”  
Y obedeciendo María,  
Miró á los cielos y vió.

Postróse el conde de hinojos  
Adorando al Criador;  
La comitiva, asombrada,  
Por tierra se prosternó,  
Y elevando Juan Guarino  
Al cielo su corazón,  
Las manos al sol tendidas,  
Un punto en silencio oró.

Gozaba absorta María  
De la luz el resplandor,  
Por todas partes mirando  
Con grata enagenación,  
Y pasaban sus miradas  
En escrutinio veloz,  
De una peña en otra peña,  
De una flor en otra flor,  
Recordando con delicia  
Las ideas que guardó,  
De su ceguera en las sombras,  
De la luz y del color.  
Lanzó el infierno un gemido  
De despecho y confusión,  
Contra Guarino aprestando  
Todo entero su furor:  
Y el justo, que interiormente  
El ataque presintió,  
Preparóse á resistir  
Su más fuerte tentación.  
Y comenzando avisado  
Por el contrario mayor,  
Vuelto á Wifredo y su gente,  
De esta forma les habló:

“Ya Dios de remediaros fué servido:  
De vuestra alma adoradle en lo profundo,  
Y apartaos de mí, que con el mundo  
No puedo nada de comun tener.  
Mis votos escuchados me prohíben,  
Y está robando á Dios vuestra presencia,  
El tiempo de oración y penitencia  
De que mi salvación ha menester.”

Así habló el justo, y acogerse quiso  
Al fondo de su gruta retirada,  
Cuando María le atajó, postrada  
Cayendo ante sus pies, hablando así:  
“La luz de Dios, por mis cegados ojos,  
“Entró á mi pecho, y á su luz divina  
“La niebla del futuro se ilumina  
“Y leo lo que guarda para mí.

“Las inmensas riquezas de mi padre,  
“Me elevarán un santo monasterio  
“En medio del silencio y el misterio  
“De esta estensa y desierta soledad.  
“Yo eternamente en su recinto sacro  
“Alabaré de Dios la omnipotencia;  
“Y en él ha de acabarse mi existencia,  
“Y ha de empezarse en él mi eternidad.

“De esta montaña, en cuya escelsa cumbre  
“Volví á gozar la luz del mediodía,  
“No bajaré ya más; la planta mía,  
“Otra tierra á pisar no volverá.”  
Tembló al oír el penitente austero  
Tan gran resolución, al punto mismo  
El lazo viendo que el contrario abismo  
Tendiendo astuto á su virtud está.

Presentóse á su mente la grandeza  
De su alta santidad; mundano orgullo  
Brotando cual vapor en su cabeza,  
Descendió á oscurecer su corazón,  
Y un momento en la duda vacilando  
De la afanosa é interior pelea,  
Calló, temiendo que vencida sea  
La recta fé por mundanal razón.

A María con lágrimas Wifredo  
Postróse á suplicar; pero fué en vano:  
Ella le dijo: “No, padre; no puedo  
“A la voz de los cielos resistir.”  
Tornó el padre á insistir, y á negarse ella,  
La religión y el mundo largo trecho  
Combatiendo de entrambos en el pecho . . .  
Pero túvose el mundo que rendir.

Y alzando entre los peñascos  
De la desierta montaña,  
Cabe la de Juan Guarino  
Otra rústica barraca,  
Y el conde y los suyos yéndose  
A la ciudad más cercana,  
En la soledad dejaron  
A la doncella con lágrimas.  
Wifredo desde aquel punto,  
Las órdenes necesarias  
Para alzar el monasterio  
Espidió por la comarca.  
Cundió por ella el prodigio,  
Y á Barcelona llevándola  
La fama, la celebraron  
Con fiestas y luminarias.

### CAPITULO III.

QUE TRATA DE UN MISTERIO QUE SE ACLARA MAS  
ADELANTE Y EN OPORTUNO LUGAR.

#### I.

En tanto, allá en las alturas  
De las peñas solitarias,

El ermitaño y María  
Al cielo en union alaban.  
Y la doncella de hinojos  
Ante la imagen sagrada  
De la Madre del Dios niño  
Las horas orando pasa,  
Y el eremita en su choza  
Con toda la fé de su alma  
Dando por tales favores  
A Dios acciones de gracias.

Era del dia siguiente  
La hora apenas del alba,  
Cuando el penitente austero  
Salia de su cabaña.  
Ya en el césped de la roca  
De hinojos María estaba,  
Bendiciendo al Dios que alumbra  
La luz que el Oriente baña.  
Y suelto el cabello rizo  
Por la mal cubierta espalda,  
Cuyas hebras de azabache  
Mece revoltosa el aura,  
Al cielo alzados los ojos,  
Ambas las manos cruzadas  
Sobre el pecho, y el semblante  
Alumbrado por la blanca  
Luz de una aurora de Junio  
Que entre nubes de oro radia,  
Parecia la doncella  
Imagen leve y fantástica,  
Que crea el sueño de un niño,  
Sin comprenderla ni amarla.  
Los ojos de Juan Guarino  
La vieron, y contemplándola  
Quedaron por un instante  
Con indecisas miradas;  
Pidióle al verle la niña  
Su bendicion, y él al dársela  
Sobre la hermosa cabeza  
Tendió las enjutas palmas.  
"Orad, la dijo, y velad,  
Porque muy rudas batallas  
Que sostengais será fuerza  
Contra Satan..." y apenada  
Repuso ella: "Padre mio,  
Dios por vuestros labios habla  
Sin duda, y en vuestro pecho  
Su fuerza depositada  
Tiene; guiadme, instruidme,  
Y si batallas me aguardan,  
Enseñadme á resistirlas,  
Acostumbradme á afrontarlas.  
—Si haré, mi deber es este,  
Y si en mí el Señor derrama  
Su luz, y su omnipotencia  
Su fé en mi pecho no apaga,  
Sobre el ángel de tinieblas  
Ha de apoyarse tu planta.

Y así diciendo Guarino,  
De la doncella se aparta,  
Perdiéndose de las peñas  
Entre las hondas quebradas.

De mil varios pensamientos,  
De mil sensaciones varias  
Su espíritu atormentado  
Por el monte caminaba;  
Y apoyándose de un pino  
En una nudosa rama,  
Por el desierto callado  
El buen penitente avanza.  
¡Penoso es, duro, terrible  
El viaje que hacer nos manda  
La justicia del Señor  
Cuando á la tierra nos lanza!  
Terribles son en el mundo  
Las tentaciones mundanas,  
Y allí en contra de los hombres  
Mucho Satanás trabaja.  
Pero, ¡con cuánta mas furia  
Su infernal poder desata  
Contra el alma que del mundo  
En el desierto se guarda!  
Todo le desencadena,  
Toda su astucia nefanda  
Contra la virtud del justo  
Empeña por derrocarla.  
Traidores lazos le tiende,  
Viles amaños le fragua,  
De varias formas se viste,  
De varios modos le asalta.  
Dios le dejó gran poder  
E infinita perspicacia,  
Y el espíritu satánico  
Aborrece nuestra raza.  
¡Ay de aquel cuyos sentidos  
Tan alerta no se hallan,  
Que con alguna quimera  
El espíritu le engaña!  
Tiéndale el Señor su mano,  
Porque si el Señor le falta,  
Será su virtud despojo  
De la diabólica audacia.

La punta de alto peñon  
El eremita doblaba,  
Que de un abismo á la boca  
Sobresalia inclinada,  
Cuando al apoyar el pié  
Sobre la vereda escasa  
Faltóle un punto la tierra:  
Las manos estendió rápidas;  
Mas lejos de todo apoyo  
Ya el cuerpo se despeñaba,  
Cuando sintió que le asia  
Con ayuda inesperada  
Una mano vigorosa  
Que á la muerte le robaba.  
Fijó los piés en seguro,  
Y volviendo la faz pálida,  
Vió á otro severo ermitaño  
Que á tenerse le ayudaba.  
Hízosele á Juan Guarino  
Allí su presencia estraña,  
Mas dióle sinceramente  
(Después de á los cielos) gracias:

Y entendiendo la estrañeza  
Que Juan Guarino mostraba,  
Entabló de esta manera  
El otro ermitaño plática.

ERMITAÑO.

Veo que mi presencia en estos sitios  
Os estraña, ¡oh Guarino!

GUARINO.

¡Sí en verdad:  
Diez años ha que los habito, y solo  
En ellos siempre me creí.

ERMITAÑO.

Ya va

Mas de un invierno, que sus rudas peñas  
A mí tambien habitacion me dan.

GUARINO.

Nunca os he visto, ni noticia tuve,  
Santo eremita, de fortuna tal.

ERMITAÑO.

Algo lejos de aquí me hice una choza,  
Y de ella salgo rara vez.

GUARINO.

¿Quizá

Sitio buscais mejor?

ERMITAÑO.

No; vengo á veros,  
Que la fama hasta allí me fué á llevar  
La nueva del prodigio que habeis hecho,  
Y venero tan grande santidad.

GUARINO.

Dios fué servido á mis mortales manos  
Por un momento su poder prestar.

ERMITAÑO.

Y yo vengo á adorarle en sus prodigios.  
¿La feliz criatura donde está?

GUARINO.

En esas rocas su morada ha puesto  
Do quiere un monasterio edificar.

ERMITAÑO.

¿Y así la abandonais?

GUARINO.

Dios es muy grande,  
Mas débil es mi corazon mortal;  
Me alejo del peligro.

ERMITAÑO.

Juan Guarino,  
Injuria á Dios tan ruin debilidad.  
Quien muestra en vos su grande omnipotencia,  
¿Su auxilio en el combate os negará?  
Por vos estos desiertos, lo preveo,  
De austeros monjes á poblarse van;  
Flores fragantes, que del mundo impuro  
Van el árido campo á embalsamar.  
Por vos, Guarino, sus ejemplos santos  
Muchas almas al cielo volverán,

Muchos impíos sus contritos ojos  
Al piadoso cielo han de elevar.  
¿Y por no arrostrar vos peligro escaso  
De que os guarda vuestra alta santidad,  
Vais á dejar que la mujer voluble  
Ceda inesperta al tentador Satan?  
Si él la recuerda la mundana pompa,  
Todo el terreno bien que deja allá,  
Acaso sus designios olvidando,  
A ese mundo otra vez quiera tornar.  
Y entonces ¡ay! en vez de monasterios,  
En vez de monjes que á morar vendrán  
Sus claustros y estas rocas, en su seno  
Lloraremos nosotros nada mas,  
Estériles palmeras infecundas,  
Que ni sombra ni flor podremos dar.

Así hablaba el anciano, y sus palabras  
Con respeto y dolor oía Juan,  
Y le daba en el fondo de su pecho  
La razon imposible de negar.  
Batallaba la suya acongojada,  
Suspensa entre el peligro y la verdad,  
Sin acertar á sacudir su espíritu  
El peso enorme de tan hondo afán.  
"Volved á vuestra gruta, le decia  
El venerable viejo; id, y soplad  
El fuego santo que la enciende el alma  
Y á su alma débil fortaleza á dar.  
¿Qué, puede la hermosura, ¡oh Juan Guarino!  
Atractivos tener á ojos que están  
A contemplar de Dios acostumbrados  
La hermosura y la lumbre celestial?  
Id y venceos: conquistad del todo  
Para el cielo de Dios su alma inmortal,  
Y si á la vuestra Satanás se acerca,  
Como quien sois con su poder lidiad.  
Ese es vuestro deber."

GUARINO.

Yo lo conozco,  
Santo ermitaño, y mi deber real  
Veo que Dios para intimarme os manda  
Y obedezco su voz.

ERMITAÑO.

Aun haré mas:

Pondré bajo esta peña mi cabaña,  
A mi choza venid en vuestro afán,  
Y de la loca tentacion el peso  
Dividiremos ambos por mitad.

Postróse ante sus plantas Juan Guarino,  
Y sintiendo sus fuerzas aumentar  
A la voz del anciano venerable,  
Cedió humilde á su justa voluntad.  
Quedó el viejo en el borde de la sima,  
Viéndole hácia su gruta caminar,  
Su figura elevándose sombría  
Encima del peñasco colosal.  
Es un anciano cuya blanca barba,  
Cuyo cuerpo encorvado por la edad,  
A reverencia mueve mas que á miedo,  
Ministro acaso del divino altar.

Báculo tosco á caminar le ayuda,  
 Ciñe sus miembros áspero sayal,  
 Y al valle vueltos los sombríos ojos  
 Severa muestra y penitente faz.  
 Pero la negra sombra que proyecta  
 Sobre la roca cuando el sol le da,  
 Mancha siniestra en el peñon dibuja  
 De contornos horrendos de mirar.  
 Sombra que vida en su interior parece  
 Tener... ilusion óptica quizás.  
 Al fin tras el peñon desapareciendo  
 Volvió todo al silencio y soledad.

## II.

A mas de la mitad de su carrera  
 Ya en el cóncavo azul llegaba el sol,  
 Cuando, á los piés del venerable anciano  
 Prosternado con honda confusion,  
 Escuchaba Guarino, él conminándole  
 De esta manera con airada voz:

“Miserable de tí! tu infando crimen  
 Del mundo nos vá á hacer la execracion,  
 Siendo por tí el escándalo del mundo  
 Y objetos de la cólera de Dios.  
 Esa mujer, al acusarte, entera  
 Traerá la raza humana en derredor  
 A maldecir la hipócrita malicia  
 Que encerraba tu torpe corazón.  
 El prodigio real que por tus manos  
 Piadoso Dios y omnipotente obró,  
 A diabólica magia atribuido  
 Será sin duda, sí. Mira el baldon  
 Con que cubres, ¡infame! estos desiertos  
 Santuarios otro tiempo del Señor.  
 —Ay! ¡ay de mí! esclamaba Juan Guarino  
 Con eco del mas íntimo dolor,  
 Todo el infierno á castigarme es poco  
 A lavarme de crimen tan atroz.  
 —Pues piensa, le decia el otro anciano,  
 Piensa en el modo que podrá mejor  
 Ocultar á los ojos de la tierra  
 Ejemplo de tan vil profanacion,  
 Al menos porque en todos no recaiga  
 La pena que uno solo mereció.  
 —¿Y eso me aconsejais? ¿Y es este el modo  
 De ayudarme á arrostrar la tentacion?  
 —¿Y qué puede tenerte, miserable,  
 En la senda del mal y del error?  
 Cubre al menos tu crimen en la sombra  
 Del misterio, y al menos desde hoy  
 Evita de tu crimen el escándalo,  
 Pecado que maldice el Salvador,  
 Tal vez el vulgo crédulo, engañado  
 Por tu virtud hipócrita anterior,  
 En un milagro mas creyendo estúpido,  
 Te tribute mayor veneracion.  
 Borra astuto su rastro de la tierra,  
 Engaña al universo por tu honor,  
 Y piensa bien que volverá su gente  
 Mañana, y urge que lo enmiendes hoy.”

Y así diciendo el eremita anciano  
 De hinojos en las peñas se postró,  
 Abismado dejando á Juan Guarino  
 En horrenda y febril meditacion.  
 Veíase que dentro de su pecho  
 Empeñada traian con furor  
 Espantosa batalla sus pasiones,  
 Desgarando su triste corazón.  
 Y en el borde sentado del peñasco,  
 Fijo, inmóvil, en silencio... ¡Daba horror  
 Contemplar su semblante contraído,  
 De sus hondos tormentos espresion!  
 Así Guarino batallando á solas  
 Dos largas horas de pesar pasó,  
 Y dos horas el monge venerable  
 Sin entibiar un punto su oracion.  
 Al fin Guarino, cual preñada nube  
 Que arrebatada en sus alas el turbion,  
 Con rauda paso y con temblor convulso  
 Del anciano en silencio se apartó.  
 Dejó aquel su postura penitente,  
 Sus miradas de Juan tendiendo en pós,  
 Vaga sonrisa contrayendo el lábio,  
 Sus ojos infernal satisfaccion.

Ya á Guarino perdido entre las peñas  
 No se alcanzaba á ver, mas él siguió  
 Cual si á través del monte le alcanzara  
 Mirándole con íntima atencion.  
 En ella unos minutos pasó el monge:  
 De ellos al cabo á parecer volvió  
 Guarino descompuesto y alterado,  
 Diciendo al monge con horrenda voz:  
 “Viejo, todo está hecho; no habrá escándalo:  
 ¡Maldito el dia que nacer me vió!”

Ronca, histérica, horrible soltó entonces  
 El monge repentina carcajada,  
 Que de Juan en el ánima espantada  
 Como afilado acero penetró.  
 Volvió la vista atónita hácia el sitio  
 Do vió al volver al ermitaño santo,  
 Y su vista y su sangre heló de espanto  
 Lo que á su lado en su lugar halló.

Gigantesca satánica figura  
 De inmensas alas que ante el sol tendia,  
 Y el resplandor del sol oscurecia  
 Sus fieros ojos en su faz clavó.  
 Sobre el monstruoso labio le mostraba  
 Sonrisa de desprecio triunfadora,  
 Y con solemne voz aterradora,  
 En sarcástico tono así le habló:

“¿Quién trajo esa mujer á este desierto?  
 “¿Quién de sus ojos apagó la lumbre?  
 “¿Quién á par con la inmensa muchedumbre  
 “El milagro de Dios reconoció?  
 “¿Quién encendió un volcan en tus entrañas  
 “De furiosa y carnal concupiscencia?  
 “¿Quién diez años de llanto y penitencia  
 “Inutiliza en un instante? Yo.”

Dijo Satan: y las enormes alas  
 En la nublada atmósfera tendiendo,  
 Por el espacio se perdió diciendo:  
 “¡Maldito el dia que nacer te vió!”  
 Y los cóncavos ecos de las peñas  
 Al bronco son de su garganta heridos,  
 Repitieron su voz estremecidos,  
 Y estremecido el monte vaciló.

Quedóse el penitente  
 Al borde de la roca  
 Sentado, sin aliento,  
 Sin voz, ni voluntad,  
 Sumido en la amargura:  
 Y por su mente loca  
 Rodaban las ideas  
 En ronca tempestad.

Confuso torbellino  
 De espíritus impuros  
 Escucha imperceptibles  
 Zumbar en torno de él;  
 Sus labios se resisten  
 A preces y conjuros,  
 Y el aire que respira  
 Le amarga como hiel.

“Diez años de virtudes,  
 “De austera penitencia,  
 “Diez años de esperanzas,  
 “De lágrimas y afán,  
 “Perdidos en un punto!  
 “Cedió mi resistencia  
 “A la tenaz astucia  
 “Del tentador Satan!”

“He cometido un crimen  
 “Horrendo, abominable!  
 “Un crimen que no tiene  
 “Disculpa ni perden...  
 “¡Soy presa del infierno!”  
 Decia el miserable  
 Mirando hácia el abismo  
 Con bárbara intencion.

“Dios es muy compasivo,”  
 Decia su conciencia;  
 “Mi culpa es infinita,”  
 Decia su razon.  
 Y entre la muerte fácil  
 Que tiene en su presencia  
 Y el arrepentimiento,  
 Vacila el corazón.

## CAPITULO IV.

DONDE VERA EL LECTOR UN CAPRICHICO QUE TUVO EL  
 AUTOR AL ESCRIBIR LA PRESENTE LEYENDA.

¡Ay triste del viajero que pierde su camino  
 Por el espeso bosque donde extraviado fué!

¡Ay triste del que el cielo de su feliz destino  
 Con negros nubarrones encapotarse vé!  
 ¡Ay triste del que siente que airado torbellino  
 La lámpara le apaga de su dudosa fé!  
 Y ¡ay triste del que sufre cual sufre Juan Guarino  
 Tribulaciones tales de la montaña al pié!

El dia entre tanto pasando declina  
 Cercano al dudoso crepúsculo ya:  
 Con rayos postreros el sol ilumina  
 La faz de Guarino, que inmóvil está.

Cualquiera que de lejos le mirara  
 Tan inmóvil yacer sobre el peñon  
 Por efigie sin vida le tomara,  
 Por sueño vano, ó ideal vision.

El, sus ojos sombríos errantes  
 Fijos tiene en ocaso, sin ver  
 Los destellos del sol fulgurantes,  
 Que se va el horizonte á sorber.

Y la pena de su alma  
 Embrutece su razon,  
 Y en siniestra y fria calma  
 Paraliza el corazón.

Cual suele tras sombrío  
 Espeso nubarron  
 Brotar en el estío  
 Mefítico vapor,  
 Que deja nuestro espíritu  
 Sin fuerza ni vigor;  
 Cual pesadilla odiosa,  
 Que en sueños nos acosa  
 Girando en fatigosa  
 Perpetua confusion,  
 Sin que podamos débiles  
 Calmar su agitacion.

Tal su ánimo al peso  
 De crimen secreto,  
 Prensado y sujeto  
 Con miedo se vé,  
 Y á impulso de asombro  
 Que infúndele pánico  
 El soplo satánico,  
 Ni espera ni cree.  
 Y solo y sombrío,  
 Inmóvil, callado,  
 Al borde sentado  
 Del peñon está,  
 La sima profunda  
 Mirando indeciso,  
 Por sino preciso  
 Teniéndola ya.  
 Y en tanto que siente  
 Pesada la vida  
 Y al ánima olvida  
 Y al cielo quizá,

Sepultando  
 Su áurea lumbre